



América latina, 10 de abril de 2025

Estimadas hermanas, estimados hermanos:

En este tiempo de cuaresma y ya a las puertas de recordar los acontecimientos de la Semana Santa queremos compartirles la siguiente reflexión:

La pascua del mesías: la cruz en el camino de la resurrección

El cristianismo primitivo prontamente encontró diversas imágenes simbólicas y gráficas para transmitir su mensaje, centradas mayormente en los sucesos de la Pascua. Algunas de ellas fueron el buen pastor (Jn 10, 11-14); el cordero (Jn 1, 36; Ap 5,6-10); el pez, cuyas letras griegas en acróstico enuncian “Jesús, el hijo de Dios, salva”; el pan y la copa, compartidos en la comunión como señales tangibles de la presencia de Jesús en la comunidad de fe. Pero entre todas, la que finalmente se universalizó y plasmó como el símbolo más visible de la identidad cristiana, fue la imagen de la cruz.

El crucifijo con el Cristo agonizante es una imagen propia de este tiempo de pascua, que nos habla de la entrega amorosa de un Dios encarnado, que da su vida por nuestra redención. Pero también lo es la cruz vacía, que nos habla de la resurrección, del triunfo de la vida, de la eternidad del amor divino. Las dos cruces, en su complementariedad, nos identifican. Nos dan un mensaje que se renueva permanentemente: en medio del dolor y la injusticia, recibimos la certeza de un amor divino que da vida, vida plena, vida eterna.

El mismo Jesús, anticipadamente, señaló el camino de la cruz: “Y llamando a la gente y a sus discípulos, les dijo: ‘Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará’” (Mr 8, 34-35). Ese camino que él recorrió, como entrega total de amor: “No hay mayor amor que dar la vida por sus amigos” (Jn 15,13). Pero no solo ello, Pablo nos recuerda que Jesús va a la cruz no solo por los justos, también por los pecadores (Ro 5, 7-8).

Jesús no llega a la cruz como un hecho casual, ni por un destino inexorable, tampoco por un afán sacrificial. La cruz no se origina únicamente en ese juicio amañado de la madrugada del día de la Pascua judía. Ese camino es mucho más extenso que el *via crucis* litúrgico: Es un camino que comienza en los polvorientos senderos de la Galilea rural, y que se jalona de enseñanzas, curaciones, alimentación de multitudes. Es un camino de la dignidad de los humildes, de la honra a quienes otros injurian, un camino de compasión, de

cercanía a los débiles y vulnerables, de las mujeres maltratadas, de diálogos y bendiciones. Es el amor solidario que cumple el mandato profético de amparar al huérfano y a la viuda, al pobre y al extranjero.

Pero justamente por ello despierta recelos, envidias, condenas de los defensores de la pureza, de los legalistas del desamor. Es un amor que, por su práctica, se hace denuncia de los poderosos y condena de los soberbios. Es un amor que acusa a los ambiciosos y explotadores. Y allí atrae la ira de los dogmáticos, de los cómplices del imperio, de los instigadores de la violencia y señores de la crueldad. Todo eso es lo que representa la cruz del crucifijo, la cruz del dolor y de la muerte. La cruz de las tinieblas.

Pero para responder a esa cruz está el día luminoso del triunfo de la vida, la cruz vacía. Así como cuando Jesús expiró descendieron las tinieblas, el sol de aquella mañana de resurrección alumbró otro camino, el camino de la esperanza. Jesús nos convoca a recorrer ese camino, y recorrerlo es hacer esas cosas, vivir esa práctica, alimentar, vestir, consolar, cuidar, recibir y hospedar, liberar (Mt 25, 31-46). Allí encontramos nuevamente al mesías, nos hacemos testigos confiables del evangelio, sembramos esa esperanza de la gracia divina.

Todos estos símbolos, los de la entrega y la comunión, los del mesías salvador, los del amor y la compasión, los de la vida entregada y recuperada, se anudan. De este juego de las cruces, del crucifijo y la cruz vacía, brota el mensaje del amor que vence al odio, de la luz de la esperanza.

Ayer, 9 de abril, recordamos el martirio del teólogo Dietrich Bonhoeffer quien afirmó tan certeramente su *“obligación incondicional para con las víctimas de todo sistema social, incluso si no pertenecen a la comunidad”*. Tan actual como hace 80 años. Que Dios nos fortalezca y nos de sabiduría para trabajar en consecuencia.

Les deseamos a todos una bendecida Pascua de resurrección.

Comité Movilizador y Mesa de Reflexión

Red CLAI